

SORIA, EN LA POESÍA DE ANTONIO
MACHADO

Por

JOSÉ ANTONIO PÉREZ-RIOJA

Si hoy se conoce a Soria en el mundo, lo es literariamente, y sobre todo, por la obra poética de Antonio Machado, embajador lírico de esta tierra que «tiene alma» al otro lado de nuestras fronteras y, singularmente, en todos los pueblos de habla hispánica.

Las altas tierras de Soria —desde fines de 1907, con la 2.^a edición de *Soledades*, pero sobre todo, a partir de julio de 1912, con la 1.^a edición de *Campos de Castilla*— están en constante deuda de gratitud con su máximo cantor, Antonio Machado, a quien se hace preciso recordar no sólo por la circunstancia de su centenario, sino de una manera espontánea y permanente, todos y cualquier día.

En la figura humana y en la personalidad poética de Antonio Machado se dan, en doble y feliz coincidencia, la sencillez y la autenticidad, que le permiten y aun le obligan —ética, íntimamente— a ser fiel consigo mismo, en una sorprendente simbiosis lírica y vital.

Este rasgo —que no abunda en otros poetas o artistas, es, sin duda, una de las más poderosas y atrayentes características de Antonio Machado, ya que en él es imposible, o muy difícil, separar al hombre del poeta.

Las altas y desoladas tierras de Soria le sirvieron no sólo para encontrarse a sí mismo —brindándole el sosiego que requería su espíritu—, sino también para confirmarle en esa singular esencialidad que fue, siempre, la constante de su vida y de su obra.

Trataré de espigar a través de algunos de sus poemas más significativos su itinerario emocional y lírico por tierras de Soria —a veces, desde lejos, pero con su añoranza— para ver, en esos poemas, su más auténtica esencialidad. Me referiré, primero, a su poesía de «antes de llegar a Soria», y luego, a su poesía inspirada en la ciudad

del alto Duero, ya durante su estancia en ella, ya después de perder a Leonor y salir de Soria, hasta llegar a la conclusión de lo que Soria es —como un «leit-motiv» constante, vivencial, emotivo, temático— en la poesía de Antonio Machado.

* * *

Cuando un día de mayo de 1907, Antonio Machado llega al viejo Instituto de la Ciudad del Alto Duero —el que hoy lleva su nombre— y, a la vez que como Catedrático de Francés, toma posesión de la fugaz primavera soriana, es ya un poeta «hecho». Ha comenzado relativamente tarde —es cierto—, pero está muy maduro, tanto que, al decir de algún crítico¹, apenas si se producirá en él después cambio o evolución.

Había publicado ya la primera edición de *Soledades* (1903), que recogía sus poemas iniciales escritos desde 1899, y tenía en preparación y aun casi en prensa la segunda edición revisada —con el título completo *Soledades, galerías y otros poemas*— que vería la luz en noviembre de 1907.

Si la primera edición —apenas conocida, por ser hoy de gran rareza bibliográfica— constaba de cuarenta y dos poemas contenidos en poco más de un centenar de páginas, sería esta segunda —ya con la inclusión del primer poema soriano «A orillas del Duero»— la que le consagrara como poeta.

Desde los últimos años del XIX se padecía un ambiente de lamentable prosaísmo poético. Extinguida ya la voz pura de Bécquer, y también la de Rosalía de Castro, sólo la voz potente de Rubén Darío había logrado resucitar la sonoridad, el colorido, la musicalidad de las palabras. Pero era preciso, sin embargo —como ha dicho Ortega y Gasset²— «resucitar su alma lírica».

Y así, Antonio Machado —en una primera conquista de la sencillez— manifestaría en *Soledades* su preferencia por una «poesía emocional y consiguientemente íntima, lírica, frente a la poesía descriptiva de sus contemporáneos». Recibía aún, no obstante, y esto era inevitable, ecos románticos de Bécquer y no estaba tampoco libre de ciertos influjos rubenianos y verlainianos, de simbolistas y de modernistas, influencias todas ellas naturales y muy abundantes en ese momento.

Machado había vivido algunos años en París como traductor de la casa Garnier. Había leído a Verlaine y a Rubén Darío y no podía sustraerse aún de los jardines sombríos, de la melancolía otoñal ni de las puestas de sol como paisaje —emocional y subjetivo— de su alma.

Era, por lo tanto, esa primera poesía machadiana, intimista, caracterizándose por el afán de expresar sus propias reacciones frente a la naturaleza, la soledad o la muerte.

Las «galerías» —escritas las más en 1904, e incluidas en la segunda edición de *Soledades*— significan una nueva etapa adelante en esa línea inicial del intimismo o subjetivismo. Y, sin embargo, en esa misma edición de 1907, en los titulados «otros poemas», empieza a mirar el mundo exterior, aunque el paisaje, las cosas en torno suyo, aún aparezcan difuminados por el sentimiento o se conviertan en símbolos...

Las profundas «galerías del alma», los sueños, las «quimeras rosadas» empujan al poeta a una sensación de angustia y desesperanza. No es nada extraño, por lo tanto, que, en 1904 —el mismo año en el cual escribe esos «otros poemas»— le dirija una carta a don Miguel de Unamuno³ con estas reveladoras y expresivas palabras: «No debemos crearnos —le dice Machado— un mundo aparte en el que gozar fantástica y egoístamente de la contemplación de nosotros mismos; no debemos huir de la vida para forjarnos una vida mejor que sea estéril para los demás»...

* * *

Por ese sendero estético y espiritual camina el «yo» íntimo de Antonio Machado cuando llega a Soria en la primavera de 1907. No nos sorprende, pues, que, nada más llegar, escribiera su primer poema soriano, «A orillas del Duero».

«Poeta ya de larga y, sobre todo, de honda experiencia —como observa Ribbans⁴— se encontraba en el momento más propicio para recibir las lecciones que había de dictarle Soria. Aquí aprendería a mirar hacia fuera, hacia el paisaje, hacia los grandes problemas nacionales, sin perder por entero la intensa veta intimista, la más constante y decisiva de su poderosa personalidad poética».

La antes citada inicial versión del poema «A orillas del Duero» —la segunda no aparecería, ya definitiva, hasta 1912, inserta en el

libro *Campos de Castilla*— supone el primer encuentro de la intimidad de su alma coincidiendo con la realidad del paisaje soriano: campanarios, caserones, golondrinas, los chopos del camino, las florecillas tímidas, el Duero adolescente... Dijérase que Machado se siente, por primera vez, conmovido de fervor ante este paisaje que, al final del poema, se ensancha hasta convertirse en un paisaje total de nuestra patria, al exclamar el poeta, en aquel expresivo verso: «¡Hermosa tierra de España!».

Pero será en *Campos de Castilla* (1912) donde ha de precisar esa realidad: pueden servir de máximos ejemplos la segunda versión del ya citado poema «A orillas del Duero» y, sobre todo, el titulado «Campos de Soria», con mayor colorido y muy acusados trazos. El paisaje se asocia ahora a muy diversas evocaciones: en sobrias, pero expresivas imágenes, el Duero «traza su curva de ballesta» en torno a Soria, y ésta es la «barbacana que mira hacia Aragón»; el poeta repasa la Historia y comprende, con tristeza, que Castilla ya no es la tierra del Cid, y que España, de «dominadora» ayer, se ha transformado hoy en «miserable».

La soledad del páramo soriano, a la vez que la infinitud de su cielo claro y diáfano, prestan ahora al poeta una singular precisión para mirar no sólo hacia fuera, sino por dentro, dotándole de una increíble concisión dramatizadora de la realidad. Porque Antonio Machado no ve tan sólo el paisaje natural. Contempla, además, en los hondones de su alma y por los entresijos de su pensamiento, el paisaje histórico de una España que fue altiva y grande, pero que no es «dominadora» como antaño. La mísera tierra castellana viene a ser el correlato, exacto y cabal, donde le es posible objetivar su tristeza, su sincera y patriótica melancolía de auténtico español.

La dureza de la tierra soriana —a la que parece fustigar al pronto, pero a la que ama de verdad por su propia tristeza «que tiene alma»— le otorga, también, otra óptica poética, que le ayudará, desde ahora —en lo formal o estilístico— a despojarse enteramente del escaso oropel modernista de que se hubiera podido impregnar, inyectándole —con sus aires saludables de la Meseta— el tono lírico más puro y austero que, desde Bécquer acá, ha tenido la poesía española.

Como ha dicho Azorín⁵, «a Castilla, a nuestra Castilla, la ha hecho la literatura».

Antonio Machado, gran paisajista lírico de Castilla, es, por otra parte, el más alto poeta de la «generación de 1898». Su visión de Castilla —descubierta en las altas tierras sorianas— es la visión de un temperamento por esencia —que no por nacimiento— castellano. «Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada —allí me casé, dice él mismo—; allí perdí a mi esposa —a quien adoraba—, orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano. Ya era, además, muy otra mi ideología»⁶.

En efecto. Por un lado, el campo castellano proporcionó a Machado la oportunidad de realizar en su obra poética algo que secreta, silenciosamente, anhelaba: apartarse de la contemplación de sí mismo: el campo y la ciudad de Soria le impresionaron hasta ese punto; de otro lado, el amor a su mujer y el dolor de perderla acentúan quizá —y eso lo comprende bien en Baeza— su visión totalizadora y humanísima del paisaje. Leonor contribuyó sobremedida a modificar muy pronto en el poeta su primera impresión de las tierras y las gentes de Soria. Algún tiempo después de su muerte, recordará Machado: «Si la felicidad es algo posible y real, yo la identifico con los años de mi vida pasados en Soria». O, también: «Me casé con una mujer a la que quise con toda el alma, y cuyo recuerdo me acompaña siempre». Es cierto —como observan algunos críticos— que, tras la muerte de Leonor, volverá a su anterior postura estética un tanto narcisista, pero aun así y todo, esa nueva «subjetividad» será ya muy distinta.

* * *

Antonio Machado era un humanista en la más clara acepción de esta palabra. El humanismo de Machado explica mejor *Campos de Castilla* que el «regeneracionismo noventayochista», pues las visiones del poeta se refieren a una realidad permanente⁷... El campo castellano es el que él mismo ha elegido: ahí están sus «paisajes del alma», paisajes humanizados e interiorizados; los campos de Soria van con el poeta, porque como él dice, «su corazón los lleva». Su poesía, transida de temporalidad, lo está también, por eso mismo, de melancolía. Más aún que la sonoridad, el color o la sensa-

ción, siente Machado «una honda palpitación del espíritu»: así, lo íntimo adquiere en él un valor de categoría suprema, constituyendo sus emociones ante el paisaje uno de los aspectos más intensos y sinceros de su lírica.

El paisaje es sobrio, y su propia voz, clara y digna, como lo fueran, en el siglo xv la de Jorge Manrique, y en el xvi, la de fray Luis de León. Cuando se publicó *Campos de Castilla*, emitiría este juicio don Miguel de Unamuno⁸: «Al principio —dice don Miguel—, me saltó al alma una impresión casi mística: después, he sentido mejor lo que de trágico tiene. Es todo un poeta Machado, y Soria le ha suscitado 'un fondo del alma' que, acaso, de no haber ido ahí, dormiría en él». A esta finísima interpretación del gran escritor y rector de Salamanca, debemos añadir otra, no menos sutil, del también ensayista y crítico inglés Audrey Bell⁹ cuando, al referirse a ese libro y a la estancia de Machado en Soria, dice que en ella «experimentó una fascinación no inmediata, pero que una vez sufrida, no es fácil de sacudir y permanece en la memoria».

Los campos de Soria, en efecto, subyugaron a Machado, pero no de una manera súbita o fugaz, sino más bien lenta y profunda, hasta arraigar en él y superar una primera impresión impregnada aún de ciertas notas negativas para producir, luego, una imagen más serena y comprensiva, e incluso enamorada, la cual ya no le sería posible borrar después.

Ese recuerdo del paisaje castellano que, a lo largo de su vida, sigue permaneciendo en la retina del poeta, ha hecho pensar a ciertos críticos que el poema «Campos de Soria» no fue escrito en la Ciudad del Alto Duero, por constar de paisajes y motivos diversos, vistos en distintas ocasiones, aunque evocados, quizá, fuera de Soria¹⁰. Sea como fuere, e incluso en aquellas estrofas en que prevalece lo narrativo, se trata más bien de una lejanía narrativa, de una decantación del mundo exterior en el mundo íntimo del poeta, porque todo cuanto ve, cuanto narra o enumera, viene a ser como una lenta y enamorada evocación de un paisaje y de unos tipos humanos, tantas veces vistos físicamente, que él puede contemplar, desde su propia interioridad, en cualquier momento y desde cualquier parte.

Si en *Soledades y galerías* no había logrado aún —pese a la subjetividad un tanto romántica de ese primer momento— encontrarse

a sí mismo, será después —desde 1907 a 1912— cuando, al contemplar y vivir una tierra que, como él mismo afirma, «tiene alma» —un alma afín a la suya—, es cuando ya puede ensanchar el concepto de cuanto le rodea, porque la tierra del Alto Duero se le ofrece como una tierra pura, libre de contaminaciones cosmopolitas, lo cual le permitirá ver en ella a Castilla, y a ésta como espejo y símbolo de España entera.

Se ha dicho que la poesía machadiana apenas es sensorial, porque las sensaciones en ella predominantes son visuales, y de los cinco sentidos, el más inmaterial es el de la vista.

Pues bien: esa «poesía visual» —que se refleja en impresiones cromáticas muy fieles a la realidad que capta— expresa, a la vez, la propia tonalidad de su alma. Lleva el poeta consigo «los campos de Soria», porque le han llegado al alma, si no estaban ya —como él mismo se pregunta— «en el fondo de ella».

Con razón decía don Miguel de Unamuno que Antonio Machado veía, conjuntamente, «el paisaje» y «el paisanaje», de acuerdo con un sentido intrahistórico de la realidad. Personificaba la naturaleza y humanizaba el paisaje, ofreciéndonos la doble idea del «paisaje-alma», a través de una gama recíproca y diversa de impresiones visuales y cromáticas. Sus impresiones visuales no eran meras imágenes tan sólo: eran, además, visiones morales o espirituales de la realidad apresada por su retina; las impresiones cromáticas venían a ser, por otra parte, el correlativo tonal con el paisaje del alma del poeta.

Antes que Joaquín Sorolla u otros pintores ha logrado el poeta sevillano pintar las tierras de Soria con los matices más precisos, captando —clara, distintamente— las «plateadas» colinas, los «grises» alcores, las «cárdenas» roquedas, los álamos «dorados», los «verdes» pradillos, los montes «de violeta» o los cerros «cenicientos», siempre con el acierto de una gradación adecuada, sobria y exacta. Como ha observado Ortega y Gasset¹¹, no estriba su acierto en que «los alcores se califiquen de cárdenos ni la tierra de parda. Estos adjetivos de colores se limitan a proporcionarnos como el mínimo aparato alucinatorio que nos es forzoso para que actualicemos, para que nos pongamos delante de una realidad más profunda, poética y sólo poética, a saber: la tierra de Soria humanizada bajo la especie de un guerrero con casco, arnés y ballestas, erguido

en la barbacana. Esta fuerte imagen subyacente —prosigue Ortega— da humana reviviscencia a todo el paisaje y provee de nervios vivaces, de aliento y de personalidad a la pobre realidad inerte de la cárdena y parda gleba. En la materia sensible de colores y formas queda así inyectada la historia de Castilla».

* * *

En el poema «Campos de Soria» culmina el Machado paisajista, con toda su poderosa capacidad vivencial y evocadora. Pero tampoco debemos olvidar el largo romance «La Tierra de Alvargonzález», donde el poeta recoge un crimen rural para convertirlo en leyenda lírica, a la vez —podríamos añadir— que en aguafuerte o «pintura negra». La empresa no era nada fácil, aunque sí atrayente para un poeta lírico, e incluso más, para un poeta dramático. Es posible que Antonio Machado no supiera bien si aproximarse a los moldes del viejo *Romancero* castellano —que le caían mucho más cerca— o a los más distintos y distantes modelos de la antigua tragedia griega. Como ha dicho otro ilustre poeta y cantor de Soria, Gerardo Diego¹², en «La Tierra de Alvargonzález», Machado se «enfrenta con un nuevo designio realmente irrealizable en verdadera poesía: un largo romance al estilo de los romances vulgares sobre un asunto digno de un cartelón de ciego. No supo o no quiso Antonio Machado seguir el mudo consejo de los romances viejos, que se limitan a narrar líricamente los momentos decisivos de una acción, evitando así caer en desmayos explicativos. Prefirió, en cambio, continuar la moderna tradición de los largos romances —a lo Zorrilla, por ejemplo— para contar todo un relato circunstanciado». Sin duda, pretendió Machado seguir un nuevo rumbo, siendo este poema el primero, y acaso el último, de un libro que le había anunciado a Juan Jamón Jiménez, pero que no llegó a escribir. En el prólogo a la edición de *Campos de Castilla*, de 1917, aludiría a ello el propio autor con estas palabras:

«Me pareció el romance la suprema expresión de la poesía y quise escribir un nuevo *Romancero*. A este propósito responde «La Tierra de Alvargonzález». Muy lejos estaba yo —recalca— de pretender resucitar el género en su sentido tradicional. La confección de nuevos romances viejos —caballerescos o moriscos— no fue

nunca de mi agrado, y toda simulación de arcaísmo me parece ridícula. Ciertamente que yo aprendí a leer en el *Romancero general* que compiló mi buen tío don Agustín Durán; pero mis romances no emanan de las heroicas gestas, sino del pueblo que las compuso y de la tierra donde se cantaron; mis romances miran a lo elemental humano, al campo de Castilla y al libro primero de Moisés, llamado *Génesis*. Estas palabras del propio poeta explican el verdadero propósito que le impulsó a escribir «La Tierra de Alvargonzález», sombrío poema en el cual la misma tierra forma parte del alma de sus personajes. Y, a su vez, cada hombre deja su rastro en ella.

Como observa el profesor y poeta José María Valverde¹³, «La Tierra de Alvargonzález», aun con toda su belleza, no llega a alcanzar plena razón poética de ser: queda como un ejercicio, como un ejemplo creado para una tesis, con vistas a llevar la poesía por una determinada orientación». Pese a ese carácter de ensayo o ejercicio, sí se deben reconocer en el poema algunos logros aislados, algunos tan felices como aquellos versos finales, en los que el poeta pone una vez más como protagonista el paisaje:

...«hasta la Laguna Negra,
 agua transparente y muda
 que enorme muro de piedra,
 donde los buitres anidan
 y el eco duerme, rodea;
 agua clara donde beben
 las águilas de la sierra,
 donde el jabalí del monte
 y el ciervo y el corzo abreven;
 agua pura y silenciosa
 que copia cosas eternas;
 agua impasible que guarda
 en su seno las estrellas»...

* * *

Pero, quizá, la más sincera y emocionada poesía de Antonio Machado sea la inmediatamente posterior a la primera edición de *Campos de Castilla*.

Tras de la fecha triste del 1.º de agosto de 1912, en que pierde a su mujer —pocos días después de publicado el libro—, el poeta no puede por menos de huir de Soria. Es cuando consigue una Cátedra vacante en el Instituto de Baeza. En su Andalucía, al pronto, va a encontrarse extraño, porque, inevitablemente, Leonor se superpone a su recuerdo.

Su poesía se hará, desde ahora, menos descriptiva, dejando abierto el corazón a su propio dolor. La figurita dulce y frágil de la esposa —antes, tímidamente aludida, o más bien adivinada en algunos de sus versos— va a surgir más a menudo desde ahora, como algo inseparable a su recuerdo o como algo que motive, no pocas veces, su evocación de las altas tierras de Soria. Así, por ejemplo, las dos últimas estrofas de su poema «Recuerdos», escrito en el tren, hacia Baeza:

*«¡Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano
cercado de colinas y crestas militares,
alcores y roquedas del yermo castellano,
fantasmas de robledos y sombras de encinares!
En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.
Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,
por los floridos valles, mi corazón te lleva.»*

Y el recuerdo, una y otra vez, de la esposa muerta, a la que vivifica en el poema CXXI:

*«¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco;
dame tu mano y paseemos»...,*

o en el CXXII, donde su evocación es como un sueño:

*«Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda»...
«Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído*

*como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.
¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas!»...*

Y así también, en los poemas CXXIII y CXXIV y, otra vez, su sensación de melancólica soledad, sintiéndose un extraño, en los versos primeros del CXXV, fechado en Lora del Río, el 4 de abril de 1913:

*«En estos campos de la tierra mía,
y extranjero en los campos de mi tierra
—yo tuve patria donde corre el Duero,
por entre grises peñas,
y fantasmas de viejos encinares,
allá en Castilla, mística y guerrera,
Castilla la gentil, humilde y brava,
Castilla del desdén y de la fuerza—,
en estos campos de mi Andalucía,
¡oh, tierra en que nací, cantar quisiera»...*

Y, a pocos días, fechada en Baeza el 29 de abril de este mismo año, la bellísima evocación de la tardía y fugaz primavera soriana, en el conocido poema «A Palacio»:

*«Palacio, buen amigo,
¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos? En la estepa
del alto Duero, primavera tarda,
¡Pero es tan bella y dulce cuando llega!..
¿Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas?
Aún las acacias estarán desnudas
y nevados los montes de las sierras.
¡Oh, mole del Moncayo, blanca y rosa,
allá en el cielo de Aragón, tan bella!
¿Hay zarzas florecidas*

*entre las grises peñas,
 y blancas margaritas
 entre la fina hierba?
 Por esos campanarios
 ya habrán ido llegando las cigüeñas.
 Habrá trigales verdes,
 y mulas pardas en las sementeras,
 y labriegos que siembran los tardíos
 con las lluvias de abril. Ya las abejas
 libarán del tomillo y el romero.
 ¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?
 Furtivos cazadores, los reclamamos
 de la perdiz bajo las capas luengas,
 no faltarán. Palacio, buen amigo,
 ¿tienen ya ruiseñores las riberas?
 Con los primeros lirios
 y las primeras rosas de las huertas,
 en una tarde azul, sube al Espino,
 al alto Espino donde está su tierra»...*

El poeta, desde Baeza, en esa lejanía narrativa —a la que antes he aludido— no sólo sigue, paso a paso, el lento despertar de la tardía y efímera primavera soriana, sino que, al mismo tiempo, siente en su mundo más íntimo como una morosa y amorosa decantación del mundo exterior, como una inevitable preocupación afectiva porque las ramas de los chopos se vistan de hojas nuevas, porque florezcan los zarzales o se recubran los prados de blancas margaritas: el poeta, desde Baeza o desde cualquier otra parte, ve, sigue viendo y sintiendo el paisaje soriano, entremezclado, o a veces sugerido, por la constante evocación de Leonor, en el cementerio del alto Espino...

Dijérase la de ese momento una poesía totalmente nueva, y cuando las alusiones topográficas, viajeras o meditativas reaparecen, va a tener una emoción más honda, cada vez más estremecida¹⁴...

Así, entre otros ejemplos, aquellos versos menos conocidos del poema CXXVII bis, del que, por cierto, hay dos variantes, y que, según la primera, dicen:

*«Y nunca más la tierra de ceniza
a pisar volveré que el Duero abraza.*

*¡Oh, loma de Santana, ancha y maciza,
placeta del Mirón! ¡desierta plaza
con el sol de la tarde en mis balcones,
nunca os veré! No me pidáis presencia;
las almas huyen para dar canciones;
alma es distancia y horizonte: ausencia.*

*Mas quien escuche el agria melodía
con que divierto el corazón viajero
por estos campos de mi Andalucía,
ya sabe manantial, cauce y reguero
del agua santa de la huerta mía,
No todas vais al mar, aguas del Duero».*

* * *

Pero esos recuerdos, tales evocaciones, se prolongarán todavía en el tiempo. Una docena de años después de la muerte de Leonor, y en una carta dirigida a don José Tudela¹⁵, fechada en Madrid el 23 de julio de 1924, le dirá don Antonio: «Mi amor por Soria es grande; y el tiempo, lejos de amenguarlo, lo depura y acrecienta. Pero en ello no hay nada que Soria tenga que agradecerme. ¿Quién en mi caso no llevaría a esta tierra en el alma?».

No se extinguirá tampoco la inspiración soriana, años adelante, en la poesía de Antonio Machado. Y así, en otro libro suyo, compuesto entre 1917 a 1930, *Nuevas Canciones*, que señala la transición hacia la etapa final de su obra —en parte, prolongando temas y formas de *Campos de Castilla*, y en parte también, volviendo a las formas del «cante hondo», pero ahora con un sentido más teórico que lírico—, aparecen sus *Canciones de Tierras Altas* (poema CLVIII) —con bellas evocaciones de Urbión y del Moncayo—, *Canciones* (CLIX) y *Canciones del Alto Duero* (CLX), todas ellas ágiles y graciosas en su misma levedad. De *Canciones*, cabe recordar aquí dos de ellas, la XII:

*«En Santo Domingo,
la Misa Mayor.
Aunque me decían
hereje y masón,*

*rezando contigo,
¡cuánta devoción!»*,

y la XIV:

*«Contigo en Valonsadero,
fiesta de San Juan,
mañana en la Pampa
del otro lado del mar.
Guárdame la fe,
que yo volveré»...*

reveladoras, ambas, en tan bellas alusiones a Leonor, del peregrinar espiritual del poeta, de su fluctuación entre escepticismo e inconcreta creencia, entre desesperanza y esperanza, o en la que, con precisas palabras, ha denominado Laín Entralgo¹⁶ su «búsqueda de Dios entre la niebla». Esas dos fugaces referencias nos traen a la memoria aquella honda estrofa, escrita a la muerte de su mujer, momento —sin duda— en que el poeta se ha sentido más directa y sinceramente cerca de Dios:

*«¡Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería!
Oye, otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
¡Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar!»...*

La angustia existencial del poeta «queriendo y no pudiendo creer» presidió su vida humana y su vida lírica. La búsqueda le convierte en caminante, metafóricamente concretado por el tiempo y el mismo camino.

El mar es, de otra parte, para Machado otra metáfora fundamental, o más bien un símbolo, con que expresa su sentimiento de la muerte.

Leonor —ya muerta— es como una ideal Beatriz que, en su recuerdo, le aproxima hacia Dios, al que busca «entre la niebla», en tanto que trata de convertir su espera en esperanza...

Así también, en otro momento, cuando la evocación de Leonor y de la tierra soriana le hace trocar el canto por el rezo:

*«Adiós, campos de Soria,
donde las rocas sueñan,*

*cerros del alto llano,
y montes de ceniza y violeta.
Adiós, ya con vosotros
quedó la flor más dulce de la tierra.
Ya no puedo cantaros,
no os canta ya mi corazón, os reza»...*

Y en una larga carta a don Miguel de Unamuno, sin lugar y sin fecha, pero escrita sin duda desde Baeza y en 1913, le hará esta significativa confesión: «Mi obra esbozada en *Campos de Castilla* —dice Antonio Machado— continuará, si Dios quiere. La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical, segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada extraordinario en este sentimiento mío. Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por esto viniera Dios al mundo. Pensando en esto me consuelo algo. Tengo a veces esperanza»...

* * *

La nostalgia de las altas tierras castellanas, a través de una sutil, casi etérea invocación a Leonor, continuará aún en «Los sueños dialogados», singularmente en los dos iniciales y bellos sonetos. En el primero:

*«¡Cómo en el alto llano tu figura
se me aparece!... Mi palabra evoca
el prado verde y la árida llanura,
la zarza en flor, la cenicienta roca.
Y, al recuerdo obediente, negra encina
brotó en el cerro, baja el chopo al río;
el pastor va subiendo a la colina;
brilla un balcón en la ciudad: el mío,
el nuestro. ¿Ves? Hacia Aragón, lejana,
la sierra de Moncayo, blanca y rosa...
Y aquella estrella en el azul, esposa.*

*Tras el Duero, la loma de Santana
se amorata en la tarde silenciosa».*

Y, en el soneto II, tan emotivo como el anterior:

*«¿Por qué, decíme, hacia los altos llanos
huye mi corazón de esta ribera,
y en tierra labradora y marinera
suspiro por los yermos castellanos?*

*Nadie elige su amor. Llevóme un día
mi destino a los grises calvijares
donde ahuyenta al caer la nieve fría
las sombras de los muertos encinares.*

*De aquel trozo de España, alto y roquero,
hoy traigo a ti, Guadalquivir florido,
una mata del áspero romero.*

*Mi corazón está donde ha nacido,
no a la vida, al amor, cerca del Duero...
¡El muro blanco y el ciprés erguido!»,*

el muro y el ciprés de su entrañable camposanto soriano, junto a la iglesia del alto Espino...

* * *

Pero todavía, si el lector de Antonio Machado se adentra incluso en su «Cancionero apócrifo», entre los «Recuerdos de sueño, fiebre y duermevela», hallará de nuevo, o más bien adivinará, la imagen de Leonor en aquellos versos:

*«¿No me respondes, bien mío?
¡Nada, nada!
Cuajadita con el frío
se quedó en la madrugada»,*

y aún más tarde, mucho más tarde, en la poesía de su última hora, ya entre Valencia y Collioure, evocará, una vez más, a Soria pura, entre montes de violeta, preguntándose si el alto Duero recuerda a su poeta...

El poeta —como hemos visto, y sólo he querido espigar los ejemplos más significativos— no ha olvidado jamás a Soria. Pero quizá sea oportuno exhumar también —por ser menos conocidas, al no incluirse en todas las ediciones de sus obras— aquellas bellas y poéticas palabras en prosa, escritas el año 1932, en ocasión de un sencillo y emotivo homenaje que le tributara la Ciudad del Alto Duero:

«Con su plena luna amaratada sobre la plumiza sierra de Santana, en una tarde de septiembre de 1907, se alza en mi recuerdo la pequeña y alta Soria. Soria pura, dice su blasón. Y ¡qué bien le va este adjetivo! Toledo es, ciertamente, imperial, un gran expoliario de imperios; Ávila, la del perfecto muro torreado, es, en verdad, mística o guerrera, o acaso mejor, como dice el pueblo, ciudad de cantos y de santos; Burgos conserva todavía la gracia juvenil de Rodrigo y la varonía de su guante mallado, su ceño hacia León, y su sonrisa hacia la aventura de Valencia; Segovia, con sus arcos de piedra, guarda las vértebras de Roma. Soria... Sobre un paisaje mineral, planetario, telúrico, Soria, la del viento «redondo» con nieve menuda, que siempre nos da en la cara, junto al Duero adolescente, casi niño, es pura y nada más.

Soria es una ciudad para poetas, porque allí la lengua de Castilla, la lengua imperial de todas las Españas, parece tener su propio y más limpio manantial. Gustavo Adolfo Bécquer, aquel poeta sin retórica, aquel puro lírico, debió amarla tanto como a su natal Sevilla, acaso más que a su admirada Toledo. Un poeta de las Asturias de Santillana, Gerardo Diego, rompió a cantar en romance nuevo a las puertas de Soria:

*Río Duero, río Duero,
nadie a acompañarte baja,
nadie se detiene a oír
tu eterna estrofa de agua.*

Y hombres de otras tierras, que cruzaron sus páramos, no han podido olvidarla. Soria es, acaso, lo más espiritual de esa espiritual Castilla, espíritu a su vez de España entera. Nada hay en ella que asombre, o que brille y truene: todo es allí sencillo, modesto, llano. Contra el espíritu redundante y barroco, que sólo aspira a exhibi-



ción y a efecto, buen antídoto es Soria, maestra de castellanía, que siempre nos invita a ser lo que somos, y nada más. ¿No es esto bastante?... Hay un breve aforismo castellano —yo lo oí en Soria por vez primera—, que dice así: «nadie es más que nadie». Cuando recuerdo las tierras de Soria, olvido algunas veces a Numancia, pesadilla de Roma, y a Mío Cid Campeador que las cruzó en su destierro, y al glorioso juglar de la sublime gesta, que bien pudo nacer en ellas; pero nunca olvido al viejo pastor de cuyos labios oí ese magnífico proverbio donde, a mi juicio, se condensa todo el alma de Castilla, su gran orgullo y su gran humildad, su experiencia de siglos y el sentido imperial de su pobreza; esa magnífica frase que yo me complazco en traducir así: por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre. Soria es una escuela admirable de humanismo, de democracia y de dignidad».

* * *

Resultaría ocioso decir que Soria ha dejado una huella profunda y entrañable en la poesía de Antonio Machado, confirmando y afinando en él su propio e innato sentido de la esencialidad, y a la vez, añadir que Soria ha venido a ser por él el símbolo de un gran poeta, como lo son, entre otros ejemplos de la geografía literaria universal, la Salamanca de fray Luis de León, la Verona de Shakespeare o la Brujas de Rodenbach...

Soria le ofreció, en efecto, una gran lección de objetividad en sus tierras altas y desnudas y le brindó, además, una espiritualidad muy afín a la suya. Por eso, como ha dicho alguna vez «Azorín», sus visiones de los campos de Soria no han sido trazadas por una mano carnal, sino que son tan sutiles que parece ser el propio espíritu del poeta el que alienta en estos paisajes. El poeta sevillano ha encontrado su mejor «lugar de expresión» en esta árida y a la vez —para él— amada tierra de Castilla, donde pudo asomarse a un paisaje en el que lo material y localizado se halla en las fronteras de la desmaterialización y la eternidad, paisaje —en suma— que, en su cromatismo y espiritualidad, no es sólo el gran protagonista de la poesía más representativa de Antonio Machado, sino la expresión, fiel y exacta, del alma del más puro, auténtico y esencial poeta de nuestro tiempo.

Esto explica mejor que nada el que Soria sea un «leit motiv» constante —como geografía, como vivencia íntima, como evocación literaria— en la obra machadiana.

Antonio Machado, uno de los hombres más representativos de la generación de 1898 y su más alto poeta, ha de venir, precisamente —siguiendo el azar de su destino— a Soria, para que en sus tierras altas y desoladas, junto al Duero recién nacido, vea y nos descubra —y por qué no decirlo, nos «invente»— literariamente el paisaje castellano, convirtiendo a estas altas y frías tierras sorianas en símbolo de Castilla y a ésta, a su vez, de España entera.

Si, por una parte, Antonio Machado —nuestro gran poeta esencial del siglo xx— ha sabido aprehender en versos —ya que ha sido más difícil de captar en pinceladas— ese inaprehensible y etéreo, ese irreal y sutilísimo paisaje soriano, y si Soria ha dejado una impronta singular en su poesía, por otra parte Soria ha venido a ser por él el centro de peregrinación —como una nueva Compostela literaria— para quienes aspiran a conocer y saborear la espiritualidad de esta tierra castellana de la que él es, hasta ahora, su mejor intérprete y su máximo cantor.

¹ Ricardo Gullón, *Las secretas galerías de Antonio Machado*, 1958.

² José Ortega y Gasset, *Obras completas*, I, 563-567.

³ Geoffrey Ribbans, *Unamuno and Antonio Machado*, 1957, 10-12.

⁴ Geoffrey Ribbans, *La poesía de Antonio Machado antes de llegar a Soria*, 1962, 32-33.

⁵ «Azorín», *El paisaje de España visto por los españoles*, ed. Buenos Aires, 1942, 54.

⁶ Antonio Machado, Prólogo a la ed. de 1917 de su obra *Campos de Castilla*.

⁷ Ricardo Gullón, *op. cit.*

⁸ Carta a José María Palacio, fechada el 29 de abril, 1913.

⁹ Audrey Bell, *A pilgrim in Spain*, London, 1924.

¹⁰ Bartolomé Mostaza, *El paisaje en la poesía de Antonio Machado*, en «Cuadernos Hispanoamericanos», 1948, 628.

¹¹ *Op. cit.*

¹² Gerardo Diego, *Soria en la poesía de Antonio Machado*, 1963, 32-33.

¹³ José María Valverde, *Antonio Machado*, 2.^a ed., 1975, 92.

¹⁴ Gerardo Diego, *op. cit.*

¹⁵ José Tudela: *Soria y Machado*, en «Celtiberia», 1953, 275-279.

¹⁶ Pedro Laín Entralgo, *Machado, buscando a Dios entre la niebla*.